

LEYENDA QUINTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,
De flores y árboles lleno
Que á un jardín se parecia,
Un buen hidalgo vivia,
De pesadumbres ageno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa,
Habia un santuario sido,
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado,
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Allí dejó á su partida
Para la empeñada guerra,
En una esposa querida
Y una hija de ella tenida,
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvía en vano;
Faltábale su mujer.

El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba;
Pero siempre se perdía
El mensaje, y no llegaba.

Murió, pues, la triste esposa,
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa,

Dar era difícil cosa
Mas noticias que la muerte.

Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa,
Quedábale una doncella,
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.

¿Y quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos,
Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada;
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.

Así el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda:
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!

Aurora, sí, se llamaba,
Porque en la aurora de un dia
Con que un Abril empezaba,
Nació, y el sol que apuntaba,
Con ella á la par nacia.

¿Y quién sabe si al prever
Su hermosura venidera,
Quiso el sol su estrella ser,

Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?
Así suceder debió,
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció,
Y dióla doble hermosura
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarnece,
Su cáliz abre oloroso,
Bálsamo esparce precioso
En el desierto que crece.

Sus primorosos colores
Y su fragancia exquisita,
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
De auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas,
De aquella Aurora en presencia,
Sueño es de cuitas pasadas.

Y así en su albergue escondido,
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de Abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace.

Del manso arroyo contempla
Los fujitivos cristales,
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen,
Y hállase linda sin duda,
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.

A veces turbando el agua,
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver cómo se rehace,
Y asoma sobre sus labios
De purísimos corales,
Vaga é infantil sonrisa,

De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta, esperando
A que las aguas se aclaren,

Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
“¿Por qué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto te apartas,
Y si salgo á verte sales?”

¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil,
Hasta quien la da la vida
Osar subir arrogante?

¿No sabes que con un soplo,
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los míos á mirarte?

¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel;

Tú, pobre ilusion sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable,
Que solo á la sombra de otro
Puedes vivir arrastrándote;

Tú, que á mí solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?

¿Y todavía me miras?
Y te me ries, infame?
Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña

Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.”

Y así la hermosa diciendo,
Por castigar á su imágen,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la márgen.

Al ver la espuma que elevan,
Al ver los innumerables
Circulillos que producen,
Y unos y otros quebrándose
Fugitivos de su centro,
Y en tumulto interminable
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen;

Y entre la confusa tela
De sus líneas vacilantes,
Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imágen,
Con inocente ronrisona
Y con infantil donaire:

“Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tú á salir, y yo á borrarle.”

Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde,
Luchando contra su sombra
Que parecia constante,
Cuando un mancebo, que estaba

Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Dijola: "Aurora, ¿qué haces?"
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose,
Dijo bajando los ojos:
—¿Qué he de hacer mas que esperarte?
—Tan entretenida estabas
Con el arroyo....

—Tirábale
Las arenillas que cria,
Por venganza.
—¿En qué es culpable
Para que así le castigues?
—Detesto sus falsedades,
Y él me engaña.

—¿Qué te dice?
—Me copia todo el semblante,
Y miente sin duda alguna.
—¿Por qué?
—Porque á ser iguales
Yo y el reflejo que pinta,
Mas en verdad te agradase.
—¿Pues quién te ha dicho, alma mia,
Que yo no te le idolatre?
—Mas á menudo vinieras,
Si así fuera, á contemplarle.
—¿Acaso tardé?

—Lo ignoro.
Cuando vienes, nunca es tarde;
Pero cuando pasa un dia,
Y otro y otro, y aguardándote
Paso horas y horas sentada,
Mirando por todas partes,
Sin que por ninguna lleguen
Mis ojos á tropezarte,
¡Ay, Félix, qué de recelos
Me atormentan!

—¿Pues no sabes
Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre,
Que me acechan de continuo,
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte,
Si no para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
Ya por caza, ya por viaje,
Es solo cuando evadirme
De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretextos
Logro entonces engañarle,
Y no oír sus importunos
Consejos inagotables.
Con el del noble ejercicio
De las armas salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto, bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oírte y contemplarte.
—Ay Félix ¡siempre palabras
Consoladoras me traes!

Mas no sé qué falta en ellas
Que nunca me satisfacen.
—¿Dudas acaso?...
—No en tí,
Que no me atreviera amándote.
—¿Pues en quién?
—En la fortuna.

Tú tan noble....
—Y es bastante
Garantía la nobleza
De mi encumbrado linaje
Para cumplir mis palabras.
Y esto, Aurora mia, baste,
Que me ofenden esas dudas.
—Siempre ese altivo lenguaje
Félix, siempre te me enojas!
—¿Yo, Aurora mia, enojarme?
Contigo, mi bien, mi gloria.
Jamás.

—Pues tu mano dame,
Júrame que me amas mucho
Y hagamos las amistades.
—Las manos no, el corazón.
—No puedo yo tanto darte.
—¿Pues qué, corazón no tienes?
—No, que ha venido á robármele
Un mancebo muy gallardo.
—¿De veras?

—Sí, como un ángel.
—¿Y se lo llevó?
—Sin duda.
—Como yo llegue á encontrarle....
—¿Se le pedirás?
—No á fé.
—¿Pues qué has de hacer?
—Arrancárselo.

Y aquí cayendo la niña
En los brazos de su amante,
Sonó un regalado beso
Que devoró ansioso el aire.
—Aurora, dijo el mancebo,
Mira al sol.

—Félix, te partes?
—¿Qué he de hacer? Espira el día.
—Es verdad, Félix. Mi padre
También estará impaciente.
¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.
—¿Te acordarás de mí?
—Siempre:
Mi existencia es solo amarte;
No tengo en mi corazón
Mas que un altar con tu imagen.
—¿Se borrará?

—Nunca, Aurora:
Pintada está con mi sangre
Y por el crisol pasada
Del fuego que en ella arde.
Y al dulce beso tornaron
En punto tal separándose,
Y mientras verse pudieron
No dejaron de mirarse.
Subia aprisa don Félix

Y con pasos desiguales
Por la tortuosa vereda
Que lleva fuera del valle;
Y lentamente cruzaba
Aurora la opuesta parte,
Por la olorosa pradera
De que es su casa el remate.
Y á cada paso volviéndose,
Y de lejos saludándose,
Ambos á dos se juraban
Como quien eran amarse.
¡Pobres niños, que insensatos
Juzgaban interminable,
Lo que era con solo un soplo
Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendia sobre la tierra
Su oscuro manto la noche,
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desorden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galán que espera
Y que las sombras la esconden,
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa,
Y con murmullos acordes
Entre las hojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre,
Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro,
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma,
Que ávida el aura recoge;
Brotan del húmedo césped
Imperceptibles vapores,
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces;
Y la frescura se aspira,
Y los sentidos absorbe
Vaga languidez dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido
El ancho espacio recorre
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos, alucinados
Con mil falsos resplandores,
Realidades imaginan
Sus increadas ficciones.
Y en el azul trasparente
Cuya estension desconocen,
Sus errantes fantasías

En su desvarío ponen.
Y un vapor que le atraviesa,
Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto, sonando
Sus alillas uniformes;
Un hoja que va en el aire,
Sin hallar en qué se apoye,
Y desprendida de un tronco
Acaso de sávia pobre,
Por una vision la toman,
Que pasa ante ellos informe,
Suspiro tal vez de un hada,
Plegaria acaso de un monje.
Noche azul, limpia y serena,
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila,
Y en este valle, fué donde
Delante de una ventana
De su alquería sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillón de roble,
Asegurando los codos
En sus brazaes enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones.
Jamás se le vió tan triste;
Sin duda su pecho esconde
Algun secreto funesto
Que el corazón le corroe.
Secreto que en el silencio
Es fuerza que le devore,
Que en su corazón se entierre
Y en su corazón se ahogue.
Mas él desea sin duda
Que fuera de él se desborde,
Reduciendo sus tormentos
A sentidas espresiones,
Que otro las oiga y las sienta
Como él las siente y las oye,
Ya porque él lo necesite,
O ya porque á otro le importen.
Y esto sin duda resuelve,
Porque dejando su inmóvil
Posición, por la ventana
Llamó á Aurora, y levantóse.
Entró la hechicera niña,
Volvió á su sillón de roble
El padre, y entre los dos,
Plática tal entablóse.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

¿Qué has hecho allí?

AURORA.

Coger flores.

ROBLEDA.
¿Y has cogido muchas?

AURORA.
Muchas.

ROBLEDA.
Ten cuenta con las que coges,
Y no vayas á buscarlas
Al parque de los señores
De Aracena, porque tiene
Muy malos alrededores.

AURORA.
Yo, señor . . .

ROBLEDA.
¿Me has entendido?
No están mis ojos tan torpes
Todavía, que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.
Duéleme, padre y señor,
Que mi conducta os enoje;
Mas yo prometo . . .

ROBLEDA.
Hija mía,
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura,
Ni mal que por tí no afronte.
Mas no hay tampoco desdicha
Que me desvele ni asombre
Como el temor de perderte.

AURORA.
¿Y á qué, padre, esos temores?
Aquí hemos siempre vivido
Retirados; nuestra pobre
Posesion, respetan siempre
Los bandidos y los nobles.
Mil veces me habeis contado
Que allá detras de esos montes
Está la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido
De desventuras y horrores,
Pero jamas han llegado
A nuestro valle sus voces.

ROBLEDA.
¡Ah! que no es, Aurora mía,
Tan peligroso el redoble
Del atambor que convoca
Para matarse los hombres,
Como la voz engañosa
De esas mágicas pasiones
Que viven en nuestro pecho
Como huéspedes traidores.
Lides se vencen lidiando,
Y al fin, ya que no se logre
Salir de una guerra siempre
Felices ó vencedores,
La fuga salva aunque manche;
¿Mas cómo de las traiciones
Defenderse de enemigos

Que á par con nosotros corren?
Bajas, Aurora, los ojos;
La faz ruborosa escondes;
¿Ay de tí, luz de mi vida,
Si freno al amor no pones!

AURORA.
¡Callad por Dios, padre mio!

ROBLEDA.
Es fuerza decirlo, óyeme:
Todo lo sé, pobre niña,
Esas desdichadas flores
Que vas á coger al campo,
Son las falsas espresiones,
Los juramentos de amor
De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tú no has nacido
Mas que sierva. Y si no rompes
Tan torpes lazos, si no echas
En olvido hasta su nombre . . .

AURORA.
Padre, imposible. Se mezcla
En mis mismas oraciones.
No se aparta de mi mente
Ni de día ni de noche.

ROBLEDA.
Pues bien, Aurora, es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazón, es preciso
Que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa,
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe.
Venderé nuestra alqueria:
Aurora, á partir disponte;
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.

AURORA.
Pues bien, padre, partiremos:
Conozco vuestras razones;
Iremos donde gustáreis;
Será un sacrificio enorme;
Tal vez me cueste la vida,
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo,
Que el aliento me sofoque;
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí, sí, padre mio,
Mas dejadme que le lllore.
No estrañéis, no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen;
No me preguntéis la causa,
Que será mentar su nombre.
Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo:—Padre, partamos
Antes que don Félix torne.

III.

Catorce dias despues,
De su alqueria á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda;
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas
El soldado, y el pié cerca,
Del estribo, cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa,
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda:
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia estrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad espera,
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza,
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era don Félix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
¿Partís? pregunto don Félix,
Con faz pálida y colérica:
Y con altiva mesura:
Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.
¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA.
Por mucho,
Si es mucha la vida entera.

DON FELIX.
Los vasallos de mi padre
No puede sin su licencia
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.
Por eso fuí yo á obtenerla
De él mismo no ha muchas horas.

DON FELIX.
¿Y os la dió?

ROBLEDA.
Y gracias con ella.
Conque así, señor don Félix,

Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.

DON FELIX.
No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha de salir mi esposa
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.
¿Qué estais hablando, don Félix?
¿Qué esposa ó que rayo es esa,
Ni que tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.
Mas de lo que vos pensais
Mi mujer os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.
¿Está su merced sin juicio,
Por Cristo vivo!

DON FELIX.
—Ello es fuerza,
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.

ROBLEDA.
—Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue, es preciso
Que oigais la verdad sincera.

Don Félix, doy por supuesto
Que ella os ama, doy que es cierta,
Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera;
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Sí, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas;
Ved, pues, si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

DON FELIX.
—Sí puede, viven los cielos!
Que en la mujer no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado,
Aunque segadora fuera,
La esposa que yo tomare
Fuera siempre la condesa;
Que si soy de sangre noble,
Soy tambien . . .

ROBLEDA.
—Un calavera
Que os cansareis en dos meses
De una zafia lugar eña,

Y la encerrareis tirano
En alguna fortaleza,
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las agenas.
Creedme, señor don Félix,
Yo tengo mucha experiencia
Y sé lo que son las cosas;
Dejaos, pues, de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

DON FELIX.

—Pues bien, viejo testarudo,
Ya que me provocas guerra
Te haré desde hoy; de tus brazos
La arrancaré.

ROBLEDA.

—Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

—Nada me importa tu cólera
Me olvido de tu insolencia.
Y tú Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

—Don Felix, su merced vea
Que si da un paso hácia Aurora
La vida al punto le cuesta
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua,
Con honor; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Asi Robleda diciendo.
Metióse con faz resuelta
Entre don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.
Postróse á sus piés la niña
De miedo en llanto desecha.
Volvió en su acuerdo don Felix
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
El mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?
¡El siervo contra el Señor?

ROBLEDA.

No busco, de tal rigor
Para escusarme, pretesto,
Mas yo mi honor defendia,
Y antes de volver atrás,
Poco es de él, de Satanás,
Señor, le defenderia.

EL CONDE.

¡Mi hijo á tu honor atentó?
Robleda, en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,
A no impedirselo yo.
Pidióme, loco, la mano
De mi hija, y se la negué.

EL CONDE.

¿Eso pensó? ¿Por mi fé
Que eres, Félix, un villano!

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien,
Mas á fuerza, dijo airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien, padre...

EL CONDE.

Calle el necio.

Robleda, tú has peleado
En otro tiempo á mi lado,
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido agena;
No has de partir, es mi gusto:
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas;
Y vé si mas necesitas,
Que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida á ese hombre,
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
Pues la dueña de este valle,
Marido es fácil que halle,
Si no conde, con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco,
Señor, mas es castigarme,
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado;
Enviaré á Félix á Francia.
Y aquí el conde de Aracena,
Volviendo el rostro á su hijo
Frunciendo el ceño le dijo,
Con voz decidida y llena:
Y ahora vos, caballero,
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡A mí, señor!

EL CONDE.

Yo lo quiero.

DON FELIX.

Padre y señor, si esto es

Para vos buen desagravio,
Con gusto pondré mi lábio
No en sus manos, en sus piés.
Mas ved que mi corazon...

EL CONDE (interrumpiéndole.)

No hay mas en ello que hablar,
Yo dél os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.

Hincaos: besad: ¡muy bien!
Ahora montad, é id delante,
Mas id con mejor talento,
Por la estrella de Belén.

Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle,
Olvidaos de este valle,
Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda:
Y ahora, á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto,
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Félix á donde

Su Aurora, en llanto desecha,
Recoje aquella mirada,
Que acaso la desdichada
Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar,
La vista sobre ellos tuvo;
Cuando perdido los hubo,
No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor
Que hasta allí la habia asistido,
Y al fin cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde,
Y envió á don Félix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El conde está satisfecho,
Y estálo tambien Robleda:
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Félix va caminando
Apesarado y mohino,
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera,
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado,
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre

Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos.
Eso fué su porvenir.

Mas si dichoso en la corte
Y afortunado en la guerra,
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el que hidalgo en provincia,
Allá en país extranjero,
Venturoso aventurero

Medra en el mundo á su vez;
Si envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza,
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor,
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde,
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La imprevisión, la osadia,
La juventud, con un dia
De suerte amiga no mas,
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y boga tras ella
Sin volver cara jamas.

La felicidad no existe;
La gloria es una mentira;
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza,
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbrera falsa,
Afanado siempre el hombre
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y así fué grande Alejandro,
Y así inmortal vive Homero,
Por su fortuna primero,
Despues por su corazon.

Eso es el hombre: deseos,
Ambicion, fortuna, gloria;
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la mujer... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está:
El hombre egoista, avaro,
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazon todo entero
Ella entretanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desencajados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;